

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Los relatos sobre la violencia política. Glosas desde los márgenes.

Cerio, Débora.

Cita:

Cerio, Débora (2009). *Los relatos sobre la violencia política. Glosas desde los márgenes. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/159>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los relatos sobre la violencia política. Glosas desde los márgenes.

Débora Cerio

(...) nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido para la historia. Por cierto, sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado.

Walter Benjamin, *Sobre el concepto de historia*

I. Los itinerarios de la memoria y el espejo de la historia.

Historia y memoria transitan por carriles sinuosos en cuyo discurrir se rozan, tropiezan o entrecruzan, en una articulación cuyas vicisitudes guardan estrecha relación con intereses que trascienden el plano de lo cognitivo. Analizar el relato que las ciencias sociales han construido sobre el pasado argentino reciente supone por ello tener a la memoria muy en cuenta. Si la historia es –como dice Enzo Traverso– *una puesta en relato, una escritura del pasado según las modalidades y las reglas de un oficio (...) que constituye una parte, un desarrollo de la memoria*¹, ninguna intervención académica puede obviar las demandas que conectan sus recorridos con el afán conmemorativo de amplios grupos sociales que son movilizadas hacia el pasado por estímulos entre los cuales no es el menos importante la búsqueda de una profundización de sus sentidos identitarios. Efectivamente, la reconstrucción histórica de los '60-'70 en Argentina exhibe la huella de un conflicto entre memorias, con todo lo que ello implica en relación con lo que se recuerda pero también con lo que se olvida. Contienda inherente a la evocación de cualquier pasado que alcanza un punto crítico cuando de sucesos traumáticos se trata.

Roberto Pittaluga ha señalado un contraste en las formas de narración del pasado reciente argentino: a la escasez de escrituras durante la primera década de la transición democrática se opone, desde mediados de la década del noventa, el notable crecimiento de la inclinación a abordar sus problemas, reflejado en una enorme ampliación del número de intervenciones, tanto académicas como testimoniales, de investigación periodística o de ficción.² En el campo historiográfico, las representaciones sobre el pasado reciente hegemónicas durante el primero de esos períodos (el discurso que reponía una genealogía organizada en torno a la historia de la democracia perdida, y el que se estructuraba a partir del

¹ Enzo Traverso, “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, en: Marina Franco y Florencia Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007, pág. 72.

² Roberto Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino”, en: Franco y Levín, Op. Cit., pág. 125.

relato testimonial, en una suerte de continuidad con la labor de denuncia y reclamo por las víctimas) *expresaban a la par que establecían*, –dice el autor– *condiciones de posibilidad para las indagaciones sobre la militancia setentista*. Posibilitaban así una delimitación del campo de lo que podía ser explorado que relegaba el problema de la militancia a un lugar subordinado respecto de la problemática de las violaciones a los derechos humanos y el terrorismo de estado.³

El nacimiento del interés por el problema de la militancia encuentra su marca fundacional en un notable cambio en los modos de elaboración del pasado reciente, producido al calor de mutaciones sociales más vastas, por caso –y me remito nuevamente al texto de Pittaluga–, la variación operada en relación con la valoración de la democracia representativa por parte de vastos conjuntos de la población. Además, como corolario de las masivas conmemoraciones en el vigésimo aniversario del golpe, emergieron debates y espacios de discusión mediáticos relativos a las características del régimen de terror estatal y en torno a la militancia de los años '60 y '70 y se modificaba el discurso de los organismos de derechos humanos, al tiempo que surgía la agrupación HIJOS. Lo que estaba cambiando era que la actualidad del pasado *no se limitaba ya a la denuncia de la represión y a la demanda de justicia, sino que se prolongaba en la pregunta por quiénes habían sido y qué habían propuesto y deseado las principales víctimas del terrorismo de estado*.⁴

Signos todos de un impulso que se explica en parte por la capacidad simbólica de la fecha, el giro puede ser leído como la inscripción en una textura de época característica de las sociedades occidentales contemporáneas. La “musealización” del mundo examinada por Andreas Huyssen parece uno de los marcos de referencia de la obsesión conmemorativa en torno a un pasado que también era evocado como momento de gloria para el sueño revolucionario. Es esta frontera la que rubrica los propósitos más generales que desde ese presente han tensado la reposición de los sentidos del pasado.

Pero si la memoria puede pensarse a través de la metáfora de las arañas esquizofrénicas de los laboratorios donde se ensayan alucinógenos, que tejen telas llenas de agujeros, zurcidos y remiendos⁵, es dable también ver en la historia la conservación de un fondo intangible que la sujeta con frágiles e invisibles lazos a esa trama, lazos que están hechos de tiempo y de la materia social que nos constituye. Así, la incorporación o el silenciamiento de determinados fragmentos del pretérito y su reelaboración constituyen líneas cuyo trazado está dado por una

³ Op. Cit., pág. 129-131.

⁴ Op. Cit., pág. 140-141.

⁵ Julio Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*, Siglo XXI, México DF, 2007.

constelación hecha de inscripciones ideológicas, socioculturales y generacionales en la cual las características del contexto presente y los horizontes de expectativas juegan un papel central. De esa constelación los intelectuales no pueden sustraerse. Sin desmedro de que, como afirma Paul Ricoeur, el oficio de historiador eduque la subjetividad de quien lo practica otorgando rigor y autoridad a un enfoque particular, se impone constatar que la construcción de conocimiento sobre temas históricos refleja esa subjetividad en múltiples sentidos.⁶

Por esta senda se puede ver en esa configuración de la memoria el sostén de una construcción historiográfica que a través de las preguntas que se ha planteado, y especialmente a través de las que no, exhibe la marca de sus anclajes. Resulta imposible no advertir que esos usos de la memoria han citado con insistencia el momento del pasado que refiere a las prácticas de las organizaciones político-militares. Del mismo modo y con algunas notables excepciones, el vuelco historiográfico a la investigación de las identidades y los proyectos políticos de los que antes habían sido vislumbrados como víctimas sin densidad social, no implicó una exploración de los avatares de amplios colectivos; por el contrario, el eje fue puesto en la constitución y desarrollo de los grupos armados, con la sobrerrepresentación de un actor, la juventud de clase media.

Porque ocuparse de los grupos armados no supone per se el relegamiento de ningún actor. Lo cierto es que la imagen canónica del militante no incluye la figura del trabajador. *El carácter colectivo de la experiencia obrera –sostiene Federico Lorenz– no encaja en las formas predominantes para el recuerdo y la conmemoración de los muertos, y mucho menos de los “caídos en combate”, “asesinados” o “desaparecidos”. El modelo del combatiente revolucionario (o más precisamente, el modelo del recuerdo del combatiente) es romántico e individualista, pues incorpora toda una tradición martiroológica que tuvo su auge con el desarrollo de los estados modernos y que destaca sobre todo el sacrificio y el patriotismo republicano que tan fuerte impacto tuvieron entre las burguesías nacionales.*⁷ Así, la clase obrera, que se ha revelado como uno de los blancos centrales de la represión, se encuentra escasamente representada en los relatos sobre el período.

En tal sentido, la preocupación por el enfrentamiento de dos fuerzas cuyo dato sobresaliente es el uso de las armas ha delimitado el campo de lo pensable en referencia a la cuestión de la violencia política. Aunque si esta noción remite en última instancia a la idea de

⁶ Paul Ricoeur, *Historia y verdad*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1990, pág. 32.

⁷ Federico Lorenz, “Pensar los ’70 desde los trabajadores”, en: *Políticas de la memoria*, verano 2004/2005, Buenos Aires.

un *comportamiento indócil*⁸, las connotaciones disruptivas respecto del statu quo de ciertos sucesos de la lucha social que no pueden circunscribirse al accionar de grupos armados deben ser consideradas como expresiones de la violencia que signó el proceso sociopolítico en esos años. Claro que con el acento puesto en otras zonas porque, como anota Hugo Vezzetti, aquí la violencia no es pensada en tanto fin que en sí mismo puede engendrar un mundo y un sujeto novedosos, sino más bien como “partera” del devenir. Con todo, pensar los ’70 exclusivamente desde el locus de la violencia supone dejar de lado una serie de procesos de subjetivación que derivaron en formas de participación política, sindical y cultural que también fueron víctimas de la represión y, o no mantenían una definición militar de los conflictos, o si se trataba de prácticas inscriptas en el marco de organizaciones de este tipo, se definían por algún grado de tensión con sus direcciones, en función de la pertenencia a una órbita cultural que se definía por términos diferentes. La práctica armada –cito otra vez a Lorenz– debería ser pensada *en un contexto mucho más amplio y diverso de movilización social, es decir, de opciones políticas frente a una situación de represión y proscripción, entre las que tomar las armas fue uno de los caminos posibles.*⁹

No se trata en este caso de la estéril disputa en torno a la mayor relevancia que en la transformación social tendrían ciertos sujetos en detrimento de otros; más bien del gesto que supone la formulación de una interpretación capaz de dar cuenta de las dimensiones y alcances de un proceso de movilización que ya desde la superficie se muestra irreductible a las tentativas de cualquier vanguardia, con la consiguiente apertura a la investigación de cuestiones socioeconómicas que se hallan en un segundo plano. Con ese norte, mi punto de mira se sitúa en el intento de entender las razones de un olvido demasiado significativo.

II. El prisma de la violencia: la cara oculta.

Aunque evidentemente la “violencia” no emerge en la historia argentina en los ’60-’70, resulta indudable que este período se ha distinguido por niveles de conflictividad social múltiples, en el marco de los cuales usos de la fuerza física no autorizados por el statu quo fueron un dato mucho más visible que en ningún otro momento de su historia contemporánea. El derrocamiento del peronismo en 1955 constituye un punto de inflexión a partir del cual la dialéctica de un “empate” entre fuerzas capaces de vetar proyectos ajenos pero no de imponer

⁸ Raymond Williams, *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000, pág. 324.

⁹ Lorenz, Op. Cit.

los propios¹⁰ –complejizada por una serie de fenómenos novedosos relacionados con una situación de radicalización política y de modernización cultural en la cual el contexto internacional influía fuertemente– sólo iría en ascenso.¹¹ Entre los diversos movimientos contestatarios que se inscribieron en este proceso resulta imposible desdeñar al sindicalismo clasista, antiburocrático y/o combativo.

Del mismo modo que a lo largo de toda la historia previa las formas de protesta y los métodos de lucha de la clase obrera habían exhibido marcas distintivas, el problema de la violencia “setentista” adquiere notas específicas en la praxis política de este actor, que comenzaba a incluir formas de actividad sindical que se distanciaban radicalmente respecto de prácticas laborales más tradicionales. Así, la ola de militancia sindical que después de 1969 recorrió las ciudades del interior del país, con eje en Córdoba, pero ramificada mucho más extensamente, con frecuencia apeló a la acción directa y a tácticas no convencionales de movilización: paros activos que procuraban llevar el conflicto laboral al marco más amplio de la comunidad, ocupaciones de plantas y toma de rehenes entre los miembros de la gerencia. Expresiones todas de una forma de usar la fuerza física que aunque en general no suponía como objetivo necesario el empleo de armas, puede ser pensado como un emergente de las prácticas de la violencia que caracterizaron ese proceso de movilización.

Sin embargo, la novedad se fundía en un molde construido en base a las tradiciones que habían rubricado ese itinerario. En la zona norte del cordón industrial del Gran Rosario, una de las comunidades obreras del país en donde tuvieron lugar episodios de esta naturaleza, los documentos permiten identificar dos referencias centrales que en alguna medida se hallaban en tensión. Porque por un lado se menciona la importancia de vincular pasado y presente al momento de formular las tácticas y estrategias de la clase, en una suerte de constante apelación a su propia historia, a modo de símbolo y de ejemplo, motivo que se referencia en uno de los pilares ideológicos de la izquierda marxista. Pero al mismo tiempo se pondera la experiencia del trabajo en las fábricas y el aprendizaje resultante de la propia práctica política, más allá de doctrinas prefabricadas, para adoptar determinadas formas de organización y de lucha, un dato que otorga relevancia a una vertiente de la izquierda peronista con una importante influencia en la región: el Peronismo de Base, que al menos aquí definía su identidad política en función de la toma de partido por el socialismo, una idea que desde su

¹⁰ Juan Carlos Portantiero, “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, en: *Revista mexicana de sociología*, Núm. 2, 1977.

¹¹ Oscar Terán, “La década del ’70: la violencia de las ideas”, en: *Lucha armada en la Argentina*, Núm. 5, Buenos Aires, febrero-abril de 2006.

perspectiva no podía surgir de la elaboración intelectual sino, precisamente, de la práctica de la clase, de la recuperación de su experiencia política como trabajadores peronistas.

La tentativa del Sindicato de Obreros y Empleados Petroquímicos Unidos, de la empresa Petroquímica Argentina Sociedad Anónima ubicada en la localidad de San Lorenzo, que constituye el caso más resonante de la zona en este sentido, puede registrarse como detalle de un conjunto más vasto. Pues efectivamente, tanto a lo largo de las páginas de su boletín de difusión como en las aseveraciones de algunos de sus protagonistas, se muestran contribuciones al debate que abundan en los motivos del derecho a la autodefensa por métodos decididos a través de la participación directa y la democracia obrera, del enfrentamiento con una visión de la violencia limitada al uso vanguardista y romántico de las organizaciones guerrilleras, de la crítica a la eliminación individual de burócratas, empresarios o militares y la necesidad del cambio de estructuras y de la posibilidad de que las acciones terroristas derivaran en una represión mayor sobre todos los oprimidos y no sólo sobre las organizaciones armadas. Elementos todos que alumbran un curso diverso al que puede leerse en las interpretaciones de la violencia política centradas en las organizaciones armadas.

Sin necesidad de hacer extensivo al conjunto de la clase obrera un discurso que distaba de ser hegemónico, es preciso destacar que el mismo conservaba una fuerte pregnancia sobre sectores cuya movilización tuvo una amplia proyección nacional. Pues efectivamente, a lo largo de un conjunto de experiencias de organización y lucha obrera, otros signos hay que trazan el rastro de este devenir hoy escasamente considerado.

III. La interpretación del pasado: retratos en claroscuro.

Primer indicio: los '60-'70 convertidos en museo.

Un dato insoslayable de la construcción intelectual de los '60-'70 es que la misma ha hecho resonar los ecos de algunas variaciones sobre el heroísmo militante construidas por las formas del recuerdo de un conjunto de actores involucrados de diversos modos con los procesos evocados. No es original destacar que muchos de los trabajos de la memoria sobre el período han asumido la forma de una repetición mecánica del pasado, fundamentada en la consideración del recuerdo como un deber. Ya es común aludir al señalamiento que realizara Tzvetan Todorov a propósito de lo que él llamó *memoria literal*, una forma de evocación que

queda encerrada en sí misma y hace del acontecimiento pasado algo insuperable, sometiendo lo presente a lo pretérito.¹²

En su “Ensayo sobre la destrucción de la experiencia” Giorgio Agamben advierte que uno de los pocos datos indiscutibles de que el hombre contemporáneo dispone sobre sí mismo es *la incapacidad de tener y transmitir experiencias*¹³, una certeza que Walter Benjamin ya había abrigado en un texto de 1933, “Experiencia y pobreza”, en el cual situaba el punto culminante de esta pérdida durante la primera guerra mundial, de cuyos campos de batalla *las gentes volvían mudas (...). No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable.*¹⁴

La sustitución de experiencias por vivencias generada por una imposibilidad de apropiación de los sucesos que nos sobrevienen, nos confina a los estrechos muros de la repetición de lo igual. Y la supresión de la capacidad de neutralizar el potencial de shock de los acontecimientos vividos, de quitarles su novedad, de procesarlos, impide la consolidación de una red de referencias en la que depositarlos. En esta perspectiva, el recuerdo aparece como un *depósito fijo de significaciones inactivas.*¹⁵

Según defiende Agamben siguiendo a Benjamin, la imposibilidad de usar es un signo de nuestro tiempo que, frente a esa impotencia, confina los objetos a una exhibición espectacular. Por eso su lugar tópico es el Museo, una designación que no alude a un espacio físico determinado. *Todo puede convertirse hoy en Museo –dice– porque este término nombra simplemente la exposición de una imposibilidad de usar, de habitar, de hacer experiencia.*¹⁶

Imagen ritual y ya digerida, el arquetipo del militante heroico que ofrenda su vida por una causa –más aún, que en ese sacrificio revela el sentido más sublime de su práctica–, constituye la cifra de esa incapacidad de asimilar una herencia realizando sobre ella un operación crítica. Es por ello que *la figura del héroe muerto, excepcional, que sería la máxima realización de una cultura revolucionaria, perdura como motivo en las evocaciones que movilizan el presente.*¹⁷

¹² Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

¹³ Giorgio Agamben, “Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, en: *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2007, pág. 7.

¹⁴ Walter Benjamin, “Experiencia y pobreza”, en: Ídem, *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1998, pág. 167.

¹⁵ Nelly Richard, “Roturas, enlaces y discontinuidades”, en: *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, pág. 135-136.

¹⁶ Giorgio Agamben, “Elogio de la profanación”, en: *Profanaciones*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2005, pág. 109-110.

¹⁷ Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009, pág. 202.

Andreas Huyssen explica la “musealización del mundo” por la necesidad de *asegurarnos alguna forma de continuidad en el tiempo, de proveer alguna extensión de espacio vivido, dentro de la cual podamos movernos y respirar*.¹⁸ En esta clave, si no nos es posible *recordar el futuro* a partir de una práctica transformadora de lo dado, más vale señalar en el pasado el tiempo capaz de ofrecer un núcleo de referencias para la construcción identitaria, precisamente la médula vital que la dictadura militar contribuyó a destrozar. La idealización de los '70 como época de oro de los proyectos societales de cambio (y la consiguiente omisión de sus contradicciones más flagrantes), no es, en este sentido, un dato menor en referencia a las formas en que se evoca el período.

Pero, por otra parte, éste no puede verse sin el lente de su propia atmósfera histórica. Es imprescindible prevenirse contra la fijación excesiva en el motivo del “autoritarismo” de la cultura política, presente en planteos contruidos desde una concepción de lo democrático muy distinta de todas aquellas que hicieron singular a esa etapa. Criticar a los protagonistas de ese pasado no puede significar un juicio unívoco a la luz de preocupaciones posteriores porque, al fin y al cabo, *ellos vivieron en tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no (...) y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas*.¹⁹

Como escribió Oscar Terán: *toda época tiene su propia textura, para la cual demanda consideraciones específicas. Por consiguiente, los sucesos de las vidas humanas no pueden adosarse a ningún sistema previo; deben en cambio ser considerados en relación con individuos y grupos particulares en situaciones históricas igualmente específicas*.²⁰ Entonces, comprender la violencia política setentista supone dar cuenta de un clima de época que, como define Claudia Gilman, se constituye como *el campo de posibilidad de existencia de un sistema de creencias, de circulación de discursos y de intervenciones*.²¹ Hay que intentar, en suma, recuperar la historicidad de lo que se revisita, reconociendo el sentido que en su momento tuvo para los protagonistas. Por supuesto que, como sostiene Pilar Calveiro, desde los “jirones” es imposible reponer el sentido de esa práctica política; es precisamente esta

¹⁸ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, Buenos Aires, 2007, pág. 33.

¹⁹ Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1986, “Prefacio”, pág. XVII.

²⁰ Oscar Terán, Op. Cit., pág. 21.

²¹ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, pág. 19.

clave la que señala la necesidad de dar cuenta de un conjunto mucho más amplio de visiones de la política.²²

Segundo indicio: los avatares de la memoria en tiempos de desindustrialización.

La relación entre este descuido y el sucederse de los recuerdos no es lineal. Por lo pronto hay que decir, como señala Daniel James al referirse al desvanecimiento de las memorias obreras en una sociedad como la argentina, que vio su tejido profundamente afectado por la cesura que significó la dictadura militar, que en un contexto de desindustrialización que puso fin a la trayectoria laboral de muchos trabajadores y que condena a las nuevas generaciones a un futuro de trabajos temporarios, prácticas y recuerdos centrados esencialmente en el lugar de trabajo han perdido relevancia social.²³

Efectivamente, las transformaciones producidas a partir del golpe de estado del 24 de marzo de 1976 fueron una condición sine qua non para arribar a este horizonte, pues, al tiempo que sentaba las bases para un cambio en la distribución del poder social, sostiene Maristela Svampa, el régimen militar alumbró las condiciones para una modificación de las relaciones de clase que repercutió enormemente en el modo cómo los grupos sociales se autorrepresentan, se piensan y figuran su destino dentro de la sociedad. *La política represiva y la dinámica desindustrializadora abrirían paso a un proceso de descolectivización —el término pertenece al sociólogo francés Robert Castel—, esto es, a la pérdida de aquellos anclajes colectivos que configuraban la identidad de los sujetos, referidos al mundo del trabajo, la política y las instituciones estatales.* En suma, la dictadura militar marcó el inicio de un proceso de mutación y fragmentación de las clases populares caracterizado por la disminución y debilitamiento del mundo de los trabajadores formales y de sus instituciones sindicales que discurriría paralelamente a la ruptura de solidaridades al interior de las clases populares, a través de la heterogeneidad socio-ocupacional, la diversidad de trayectorias y el hiato generacional.²⁴

Así, el desmantelamiento en las formas de vida, cultura y tradiciones de los trabajadores, a partir de la transformación de las condiciones de trabajo, sociabilidad y organización en el ámbito de la fábrica y el impacto que este cambio tuvo sobre las relaciones políticas y

²² Pilar Calveiro, “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia”, en: *Lucha armada en la Argentina*, Núm. 4, Buenos Aires, septiembre-noviembre de 2005., pág. 7.

²³ Daniel James, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Manantial, Buenos Aires, 2004, pág. 282-283.

²⁴ Maristella Svampa, “El golpe inauguró una forma atroz de desigualdad”, Clarín, Revista Ñ, 18 de marzo de 2006.

sociales²⁵ parecen representar la causa inmediata de un modo de verse y recordarse que ya no encuentra su referencia identitaria más próxima en la condición existencial. Y si es cierto que cuanto más fuerte en términos de reconocimiento público e institucional es una memoria, más susceptible de ser explorado y transformado en historia se torna el pasado del cual ella es vector,²⁶ se revela en toda su magnitud una de las claves que permite entender un vacío historiográfico tan notorio.

IV. Brechas en la urdimbre del pasado. Una revisión.

Una porción no despreciable de la producción editorial sobre los '70 alumbrada durante la década pasada (y no exclusivamente la historiográfica) ha reflejado un modo de dar cuenta del pasado reciente apostada en un cruce de caminos. Uno señalado por la apremiante necesidad de encontrar en él un punto de anclaje que permita sobrevivir en un presente fugaz sin el riesgo del compromiso; el otro por la escasa presencia en la esfera pública de los recuerdos sobre una de las dimensiones de ese pasado. En este transcurso, el tema de la violencia política se ha adherido casi exclusivamente al estudio de las prácticas de las organizaciones armadas haciendo de la figura del militante heroico su paradigma.

Una composición que no le hace ninguna justicia a los que quedaron en el camino porque, como planteó Vezzetti, *más allá de los relatos fabulosos y las apropiaciones a posteriori, de las leyendas ejemplares y las hagiografías revolucionarias, los que mueren son hombres de carne y hueso y en verdad nadie sabe como asumieron su propia muerte*. En la caída de Ángel Leto, el oficial montonero que protagoniza *Glosa no hay sacrificio* –destaca el autor–, porque no hay nada ni nadie a quien ofrendarle la vida:

*y habiendo llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás, empezará a confiar, no en estrategias, ni en organizaciones, ni en sacudimientos históricos, como los llaman, ni siquiera en su propia ametralladora, sino únicamente en la pastilla.*²⁷

La imagen de la muerte “bella” del héroe revolucionario ha sido construida por los sobrevivientes y en realidad no piensa en la vivencia de los muertos sino en la suya propia.²⁸ Supone por otra parte la condensación de una serie de representaciones sobre la revolución, la

²⁵ Federico Lorenz, *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2007, pág. 241-242.

²⁶ Traverso, Op. Cit., pág. 88.

²⁷ Juan José Saer, *Glosa*, Seix Barral, Buenos Aires, 2003.

²⁸ Vezzetti, Op. Cit., pág. 150-151.

vida y la muerte que quizás resulte tranquilizadora para los que quedaron. Se tiene la impresión a veces de que en la espectacularidad de las acciones de la guerrilla se ubica la coartada que exime de dar cuenta de modos de transformar el mundo, que no por menos estrepitosos fueron menos válidos, además de que, por el solo hecho de haber acontecido, algo deben haberle dejado a nuestro presente, aunque ese algo deba ser rastreado en los márgenes.

En principio, cabe preguntarse si el retrato que delinean esos trazos no es uno un poco distorsionado. Hay un sinnúmero de referencias que conducen al derrumbe de esa imagen idealizada de los '70 que de ninguna manera ha desaparecido de la escena. Pero quizás sea válido como breve apostilla estampar una pincelada de Federico Lorenz en un texto ya citado. Cuando narra los finales de las historias de varios trabajadores navales de Tigre, muchos de ellos militantes de base de organizaciones armadas, describe una situación escasamente considerada en la mayor parte de las interpretaciones que aluden a militantes "profesionales". Sobre la desaparición de uno de esos trabajadores de base, cita un testimonio:

*Él se negaba a tener que irse de su casa (...). Decía que él tenía que trabajar, y que tenía su casa. Y que él los problemas laborales los arreglaba en el trabajo, los problemas sindicales los arreglaba en el sindicato, y que la casa no, no tenían que venir a su casa. (...) Cuando vio que la cosa se ponía mal (,,,) empezó a irse de la casa, y para irse de la casa, él se había comprado un terreno donde se estaba edificando una casa, que le estaba poniendo el techito, que se iban a dormir ahí, que era a cinco cuadras de la casa (...). Esa es la parte más terrible de la cosa porque un trabajador, ¿cómo sale de su casa que le costó tanto esfuerzo?*²⁹

¿Qué otra cosa sino la memoria histórica como miembro de una clase podría haber llevado a Martín Toledo a intentar refugiarse de la represión construyéndose una casa en el mismo barrio en el que estaba la que abandonaba? La pregunta por las subjetividades políticas cobra entonces la mayor actualidad, si se piensa en la necesidad de dar cuenta de esos *otros* modos de ser militante (y también de *no serlo*) que se han esfumado de las representaciones hegemónicas. Actualmente, algunas investigaciones (en curso o ya publicadas en formato libro) están empezando a dar cuenta de los otros lados, especialmente revisitando actores y sucesos a través del planteamiento de nuevas preguntas y el ensayo de otras respuestas, pero también inclinando de a poco el peso hacia los lugares elididos. Es de esperar que la revisión historiográfica de los términos en los que habían sido formulados estos problemas dé sus

²⁹ Lorenz, Op. Cit., pág. 262-263.

frutos. Cuando otros perfiles comiencen a recortarse desde ese fondo aparentemente plano que en el despliegue rutinario de ciertas descripciones subsumía las contradicciones; cuando, tras el bloque haciéndose añicos, irrumpen cristales que resquebrajen certezas y se planteen poner parches a las totalizaciones que dislocan; quizás, si los modos del recuerdo hacen también lo propio, las mujeres y los varones que hicieron esa historia emerjan con sus grandezas y sus miserias para hacer sonar los ecos de lo que esos pasados posibles susurraron al oído de este presente.

*...una advertencia para que tengan cuidado
quienes quiera que aun estén al mando de los posibles futuros.*

Bibliografía:

Agamben, Giorgio, “Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, en: *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2007.

_____ “Elogio de la profanación”, en: *Profanaciones*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2005.

Andújar, Andrea, “Combates y experiencias. Las luchas obreras en Villa Constitución (1974-1975)”, en: *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y política*, N° 6, Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad, Buenos Aires, 1998.

Anguita, Eduardo y Martín Caparrós, *La voluntad, una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Norma, 1997, Tres tomos.

Benjamin, Walter, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, ARCIS-LOM, Santiago de Chile, 1995.

_____ “Experiencia y pobreza”, en: Ídem, *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1998.

Bonasso, Miguel, *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Brennan, James, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

_____ y Mónica Gordillo, *Córdoba rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*, De la Campana, La Plata, 2008.

Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Norma, Buenos Aires, 2005.

_____ “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia”, en: *Lucha armada en la Argentina*, Núm. 4, Buenos Aires, septiembre-noviembre de 2005.

Franco, Marina y Florencia Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

Gordillo, Mónica, *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, UNC, 1997.

Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, Buenos Aires, 2007.

James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

_____ *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Manantial, Buenos Aires, 2004.

Lorenz, Federico, *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Norma, Buenos Aires, 2007.

_____ “Pensar los '70 desde los trabajadores”, en: *Políticas de la memoria*, verano 2004/2005, Buenos Aires.

Matini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

Oberti, Alejandra y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 2006.

Plis-Sterenber, Gustavo, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

Richard, Nelly, *Fracturas de la memoria, Arte y pensamiento crítico*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

Schneider, Alejandro, *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

Svampa, Maristella, “El golpe inauguró una forma atroz de desigualdad”, *Revista Ñ*, 18 de marzo de 2006.

Terán, Oscar, “La década del '70: la violencia de las ideas”, en: *Lucha armada en la Argentina*, Núm. 5, Buenos Aires, febrero-abril de 2006.

Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.